



Cuentos

La naturaleza contada

La Sede Río Negro del Centro Universitario Regional Litoral Norte de la Universidad de la República, funciona desde el año 2016 con la misión de: **“Contribuir al desarrollo sostenible con equidad de Río Negro y la región, a través de la integración de acciones de enseñanza terciaria pública, investigación y extensión universitaria de calidad, que posibiliten la generación de conocimientos pertinentes y la democratización de la cultura”**.

Los cuentos que publicamos en este volumen recibieron premios y menciones en el concurso: **“La Naturaleza Escondida”**, organizado en 2020 por la Sede Río Negro del CENUR Litoral Norte de la Universidad de la República, el SNAP y la Intendencia de Río Negro.

Foto de tapa: **Agustina Giovio**, tomada durante una pasantía estudiantil en el Área Protegida de Esteros de Farrapos e Islas del Río Uruguay, febrero de 2020.

Ilustraciones: **Carlos Casares**



Cuentos

**La naturaleza
contada**

Premios y menciones del concurso de cuentos
“La naturaleza escondida”

Cuentos

La naturaleza contada



CENUR
Litoral Norte
Río Negro



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

© La naturaleza contada – 2020
Concurso de cuentos “La naturaleza escondida” – 2020
© Sede Río Negro del Cenur Litoral Norte de la Udelar
Río Negro, Uruguay

C-e: casarionegro@litoralnorte.udelar.edu.uy
Web: www.litoralnorte.udelar.edu.uy

Diseño de tapa: Cecilia Duffau
Foto de tapa: Agustina Giovio
Ilustraciones: Carlos Casares

Impreso en Uruguay
ISBN 978-9915-40-233-8

Presentación

Este libro contiene las diez obras que obtuvieron premios o menciones en el concurso de cuentos sobre biodiversidad nativa “La naturaleza escondida”, organizado durante el año 2020, de manera conjunta entre el Sistema Nacional de Áreas Protegidas (SNAP), la Intendencia de Río Negro (IDRN) y la Sede Río Negro del Centro Universitario Regional (Cenur) Litoral Norte de la Universidad de la República (Udelar).

Del concurso participaron 28 cuentos, de autoras y autores que postularon bajo seudónimo, de entre 16 y 76 años de edad, residentes en: Fray Bentos, San Javier y Nuevo Berlín (Río Negro); Salto capital y Zanja Honda de Itapebí (Salto); ciudad de Paysandú (Paysandú); Mercedes (Soriano); El Pinar y Shangrilá (Canelones); Pinares (Maldonado); ciudad de Montevideo (Montevideo); y Ginebra (Suiza).

Tanto el concurso de cuentos como la presente publicación, son iniciativas de la Comisión de Cultura de la Sede Río Negro del Cenur Litoral Norte de la Udelar.

La Comisión de Cultura es un espacio de participación creado por el Consejo Asesor de la Sede Río Negro del Cenur Litoral Norte de la Udelar, con

la finalidad de generar actividades que favorezcan la democratización de las artes y de la cultura en todo el departamento.

“La naturaleza contada” llegará a centros educativos y bibliotecas públicas de la región Litoral Norte con el fin de promover el disfrute colectivo de la lectura y la preservación de la biodiversidad nativa.

Agradecimientos

A cada una de las personas que postularon sus obras al concurso de cuentos “La naturaleza escondida”, por su arte y su generosidad.

A Marcela Larrosa, Juan Carlos Gambarotta y Bettina Talasimov que integraron el jurado de dicho concurso, por su transparencia y rigurosidad.

A Agustina Giovio, estudiante de la Tecnicatura en Tecnologías de la Imagen Fotográfica del Cenur Litoral Norte de la Udelar, por la foto de tapa.

Al SNAP y a la Intendencia de Río Negro, por haberse sumado a la propuesta.

A la Comisión de Cultura de la Sede Río Negro del Cenur Litoral Norte de la Udelar, por su creatividad y dedicación.

Al Consejo Asesor de la Sede Río Negro del Cenur Litoral Norte de la Udelar, por su compromiso y perseverancia.

A Gonzalo Barrios, Matías Belbey, Alicia Cavil, Nahuel Gauna y Lucía Molina que integran el equipo de la Sede Río Negro del Cenur Litoral Norte de la Udelar, por su trabajo y responsabilidad.

Prólogo

Los concursos de cuentos son puertas abiertas para los y las participantes, porque instan a escribir a quienes ya lo han hecho, y ante todo, hacen que personas que nunca han escrito se pregunten ¿por qué no probar? Pero también son ventanas al mundo para quienes los organizamos, porque leyendo los cuentos de cada autor y autora, nos introducimos en sus diferentes puntos de vista.

La naturaleza va quedando más y más lejos de la mayoría de las personas y este concurso se hizo para intentar aproximarla a los lectores y las lectoras. El presente libro contiene cuentos que, tocando distintos aspectos de los humedales y viéndolos desde diferentes perspectivas, logran que quién los lee se compenetre con esa naturaleza tan uruguaya como poco conocida.

Así como poco conocida, en ocasiones también poco valorada. Estamos habituados a presenciar la naturaleza en sus diversas formas, desde nuestros hogares, desde los paseos y los caminos, pero estar acostumbrados a este entorno, muchas veces nos hace perder de vista su valor y riqueza. En este sentido cobra especial importancia la reflexión acerca de

la conservación de la naturaleza, de nuestro vínculo con ella y la necesidad de su protección.

Los cuentos de esta publicación adquieren relevancia en cuanto a la preservación atemporal a través de la escritura de un tema tan actual y significativo como lo es la conservación de nuestros entornos naturales. Un mismo tema que se multiplica en historias contadas con diferentes ojos, desde la mirada de una niña que espera a su padre contemplando las nubes, a una maestra citadina perdida en los esteros. Las obras presentadas en este libro exploran diversos géneros, relatos para niños y niñas así como para adultos, historias anecdóticas, fantásticas y también de ciencia ficción, sin duda todas constituyen una experiencia placentera y reflexiva.

Desde el jurado nos sentimos complacidos de poder constatar el potencial de la escritura creativa, de la amplia participación de concursantes de todas las edades, de muchos rincones del país, así como del valor de las obras presentadas.

*Marcela Larrosa, Bettina Talasimov y
Juan Carlos Gambarotta*

Jurado del concurso de cuentos “La naturaleza escondida”

Anita, el Príncipe Guazú y Gran Tata

Cargamos las mochilas pequeñas, las cañas, el agua y los remos en el kayak. Estábamos listos con mi padre para navegar al sur. Pensé que el marinero traía el despacho, pero no, conversó con mi padre unos segundos y se volvió raudamente en la moto. El río Uruguay serenito lamía los costados de la embarcación. Mi padre me miró intensamente y me dijo:

—Anita toma tu mochila y ve debajo de los sauces a esperarme, que debo ir a ver a tu madre.

—Sí papi —alcancé a responderle y partió a grandes zancadas por la avenida Artigas. Me quedé sentada en el bote, muy enojada. Calcé mis lentes oscuros y me recosté a mirar las nubes del cielo.

Necesitaba ir al Estero, pues la maestra nos había pedido material al respecto. Con mi padre había navegado mucho por el río y los arroyos, aprendí a poner “peones” —trozos de tanzas como brazoladas donde poníamos anzuelos encarnados, para pescar surubíes. Esto en las ramas de los sarandíes colorados y blancos de la orilla del río. Papi me enseñó a armar “anguilleros”, ataduras de anzuelos, a abrir

pescados por el lomo y a asarlos en palos. Ayudé a realizar el “Cilotka”, envasando filetes de pescado salado en frascos, con vinagre.

Repasaba datos de los Esteros de Farrapos: “Se extiende al costado del Río Uruguay y ocupa aproximadamente unos 27 kilómetros de largo. En algunos sitios alcanza los 5 de ancho. Varios arroyos cruzan el área y desembocan en el río...”

Con mis pensamientos recorrí San Javier, mi Colonia Rusa. Soy una rusita más. Algunos me critican pues corro detrás de una pelota con los varones. Pero eso no me interesa. Mi madre me empuja a que baile en el Kalinka, con los trajes tradicionales. Creo este mes le haré caso.

Estoy entusiasmada por ir a los Esteros de Farrapos, pues ya la maestra nos adelantó la clase del lunes, que será sobre eso. Algunos niños habían comentado que ingresaron al estero con sus familias y encontraron infinidad de aves y sus nidos, chajás, espátulas rosadas, cigüeñas, juan grande, patos y algunos lucharon para desprenderse las sanguijuelas gigantes, ¡jajaja! —¡mmm!, ¡mi padre tarda en venir!— las nubes semejan animales que se corren y giran.

—¡La verdad, es que tengo que ir al Estero! Armo el remo y con un pequeño envión, el kayak se desliza entre las aguas, deja pequeñas olas que salen

hacia la costa. Me gusta oír el sonido del agua y del remo, también el canto de las aves. Allí adelante dos cabezas inquietas se asoman a la superficie. Una es la característica cabeza cuadrada de un carpincho y la otra la de orejas largas, seguro es de un zorrillo. Los dos nadan rápido y yo acelero el kayak.

—¡Buen día niña! ¿Hacia dónde vas? —la voz ronca es del carpincho. Me sorprende escucharla pero, he visto tantas cosas en la tele...

—¡Voy al Estero a curiosear! —le respondí.

El zorrillo ya casi llegando a la costa entre unas matas de catay, me dice:

—¿A curiosear?

—¿No lo conoces a él? —me pregunta Carpincho.

—¡No, no lo conozco! ¿Quién es?

—¡Es el Príncipe Guazú de la Real Familia, escribe la historia de su casa!

—¡Opa, Opa! —exclamé.

—¡Opa, Opa! —repitió el guazú, por lo que me molesté un poquitito.

Arrimé el bote a la costa y como pude desembarqué. Él se dio cuenta inmediatamente.

—¡Disculpame niña!, es que no tenemos costumbre de admitir curiosos en mi Reino —me lo dijo con desenfado. Yo le sonreí.

De adentro de los ingás, los sarandíes y camalotes

bombitas, aparecían las aves y los demás animales. Lobitos de río bigotudos sonriendo, nutrias y comadrejitas que colgadas de sus colas en los árboles, golpeaban sus dientes en señal de felicidad.

—¡El Príncipe ha vuelto! Yo soy el Gran Tata, el alcalde —me dijo el noble carpincho, mientras recibía de las garras de un gato montés un collar de semillas.

Por supuesto que el Príncipe recibió las semillas más grandes, de espinillos, de lapachillos y ñandubay del monte del Parque del Estero.

—¿Quién es la intrusa? —un simpático gatito onza me señala, saltando de rama en rama y haciéndome caritas. Sus pintitas oscuras en los pelos lo mimetizan perfectamente, pero yo debo atender las palabras de Gran Tata.

—En mi labor de Gran Tata, cuido del pequeño Príncipe Aguará-guazú, —me contó Carpincho.

Sus padres, por su gran actividad, recorren el río de los pájaros pintados. El Príncipe Guará Piré y su esposa, la Princesa Guará Biré. El Príncipe Guazú debe llevar el registro de nacimientos y brotes en el diario Real.

Miraba al Príncipe con sus patas ligeramente más largas que las de los otros zorros —eran de color negro—, su pelaje colorado ladrillo y su nariz aguda. Esa boca de lengua relajada, iba de un lado al otro olfateando y trotando. Un niño más.

—No entiendo Gran Tata, cómo es posible escucharlos, ¡si los animales no hablan!

Él se rió de mí.

—¡Querida niña, todos los seres hablan, pero a su manera! ¿Tú quieres entender con pensamiento humano la naturaleza? Aquí debes solo abrirte, sentir, liberar tus sentidos y disfrutar. Las flores del camalote hablan, las orquídeas en los árboles susurran, los líquenes en las rocas, cantan. Las aves son los agricultores, las guardianas del humedal. Sin ellas no existiría este Universo.

—¿Agricultores? —exclamé.

—¡Sí! Ellas llevan semillas y traen otras desde los confines de la tierra y las siembran. Así con alegría recibimos las bandadas de golondrinas, de cisnes de cuello negro, de pirinchos viajeros, pues ellos viajan más lejos, como la mariposa Monarca y de ellos nos nutrimos.

Vi, jacanas, patos maiceros, biguás, en los remansos y en los “lagunones”, mientras hacíamos un trillo caminando dentro del Estero. Me quedé observando una serpiente de estridente verde que se deslizaba entre las ramas de un chal-chal y el Príncipe me dijo:

—¡No le temas, ella es mansa, solo vigila la eclosión de sus huevos allí en el nido de las hormigas isaúl!

Mis ojos lo interrogaron y me di cuenta, que no necesitaba usar palabras.

—Ella, la serpiente esmeralda, coloca sus huevos en el nido de la hormiga isaú y las hormigas los cuidan —me explicó.

—¡Ojos de intrusa, ojos de intrusa! —el gatito onza simpáticamente nos seguía

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté.

—¡Mi familia siempre se encargó de saber y cuidar —me explicó el Príncipe, mientras se sentaba en el piso humildemente y su nariz respingona olfateaba el aire—. ¡Alguien quema ramas!

Todos salimos corriendo o volando, hacía un sector del Estero a observar.

Gran Tata me comentó —¡esta es nuestra gran lucha!, que se suma a la muerte silenciosa. La guerra vacía.

—¡Muerte silenciosa, guerra vacía! ¿Qué es? —pregunté sin emitir palabra.

—Es el veneno de los arroyos y de los campos, todo vacío de amor y responsabilidad —me lo dijo con la mirada fatídica.

Allí no me aguanté y salí del monte y fui dónde dos personas cortaban varejones y quemaban ramas. Le grité más con la mente que con las palabras, y ellos sintieron miedo. ¡Vi el terror en sus ojos! Corrieron a su vehículo y se fueron cortando campo.

Luego me vi en el espejo de agua y vi una niña desgreñada, con barro y un collar de semillas y también me asusté. Creo que el gruñido y el golpeteo de los dientes a lo carpincho tuvo un efecto más importante que mis palabras. Pero además fui corriendo a donde estaba Gran Tata y le pregunté:

—¿Cómo hablan ustedes? ¿Cómo se comunican? ¿Cómo saben cuándo están tristes o enfermos?

Gran Tata, que luce su panza prominente y el collar de semillas, me miró tiernamente. Sentí cómo sus palabras se deslizaban en mi conciencia:

—Acá en el Reino del Humedal Guazú, nos conocemos todos y todos estamos interrelacionados, sabemos si alguien deja de cantar, deja de reír o de juntar semillas o limpiar el río. Pues está en nuestra naturaleza disfrutar, vivir, cantar. Y si tú palideces, si no sonríes, sabremos que estás triste que necesitas de la ayuda de todos. Nuestro idioma es económico en sonidos, en palabras, tan solo sentimos. Hoy te has ganado tu collar de semillas, de ñangapiré, de ingá, de arazá, de jacarandá, poco a poco tu collar irá creciendo, niña buena.

Veía los ojos de las mulitas y las liebres; los pica palos dejaron su labor para mirarme. Era todo tan extraño... las tacuaritas azules, los pitiayumí y boyeros se extasiaban mirando la ceremonia encima de

los árboles. Fue el Príncipe Guazú que tuvo el honor de nombrarme Embajadora Humana del Reino del Humedal Guazú. Eso sí su hocico negro olfateó mi cara y su lengua relajada me salpicó de restos de frutas de moras.

Ahora yo debía conocer todo el territorio del Reino, sus plantas, peces y animales, así como cada insecto y cada una de sus reivindicaciones. Su lucha a partir de hoy, era mi lucha. En ese instante todos los animales y pájaros comenzaron a murmurar.

Sus caras eran simpáticamente sospechosas. Entendí que pedían la presencia de alguien. Se movió el agua en un rincón cerca de los juncos y por encima de uno de los nidos de cigüeña apareció la cabeza de un morrocoy. Todos los ojos fueron en su dirección, este luciendo su caparazón colorida y custodiado por dos tortugas cuello de víbora, comenzaron a nadar hacía mí. Cuando llegó cerca, fue un simpático lorito verde que volando bajito le entregó una rama de chañar con flores aromáticas. El morrocoy lo tomó con su boca y lentamente se aproximó para dármela. Eso dio lugar a una chispeante alegría en todos.

Así uno a uno me trajeron piedritas de colores, cáscaras de variados caracolitos, semillas, flores, ¡hasta restos de vasijas indígenas y una punta de flecha! y yo fui colocando todo en mi mochila y recordé a mis padres.

Miré a Gran Tata que se acicalaba los pelos de su cuerpo con sus grandes dientes y le pregunté:

—¿Por qué me hablaron a mí y me dejaron entrar al Reino?

Él me miró a los ojos y respondió:

—¡Creemos en los niños! y sabemos que son quienes tienen la capacidad de absorber lo distinto, lo diverso, ustedes pueden asombrarse y lograr que el mundo aprenda.

Enseguida retiró la vista de mí y dejé de escucharlo. Rápidamente monté en el kayak y despidiéndome con una mano, comencé a navegar río arriba. Gran Tata me acompañó un rato, junto a una manadita de lobitos y nutrias. Sus bigotes asomando, se perlaban de gotitas brillantes de agua. Por encima en picada, cual aviones de guerra pasaban las becasinas dejando sus zumbidos: ¡chuchuchuchuchu, chuuuuuuuuuuu!

Solitaria en el río manso, fui remando, acomodando la proa al puerto de San Javier. La costa del estero, llena de camalotes, yerba de la tararira, repollitos y carrizos me acompañaban. Es un mundo encantado.

Me sentía en buenas manos y me fui dejando llevar, había una brisa fresca y aromada que llegaba del sur.

—¡Anita! ¡Anita! —mi padre llegó corriendo a mi lado. Me ardían los ojos y la cara por el sol— ¡Niña debiste quedarte a la sombra, estás bien colorada!

—¡Perdón, Papá, salí a navegar un rato! —dije pidiéndole disculpas.

—¡Cómo!, ¡el Kayak está encadenado al muelle y yo tengo la llave del candado!

—¡Papá yo navegué, te lo juro! ¡Estuve con el Príncipe Guazú y el Gran Tata! ¡Créeme por favor! —supliqué.

Mi padre no entendía nada, me puso la mano en la frente para palpar el calor. Me miraba sorprendido.

—¡Mamá está bien! —le dije—. ¡Sé que está muy bien! ¡No necesitas decírmelo!

—¡Justo eso iba a decirte! —me dice mi padre.

Yo me sonreí. Supe que me lo iba a decir en el idioma sin palabras. Además silenciosamente revisé mi pecho y luego el interior de mi mochila y allí estaba mi collar de semillas y los regalos de mis amigos del Reino Guazú. Sé que mi madre me está esperando con un lindo café con leche y un hermoso y dulce piroj.

Guillermo Bertullo Santillán

(66 años, Fray Bentos - Río Negro)



La aventura del año

Para Manu

Sara y Rita eran dos amigas que soñaban con ser científicas. Todos los días, luego de ir a la escuela se juntaban en la casa de Virginia, la abuela de Sara, para hacer experimentos.

La casa de Virginia tenía un fondo muy grande, lleno de árboles frondosos, pequeños arbustos y flores de todos los colores que uno pueda imaginar. Escondido en la vegetación había un diminuto galpón que les prestaba a Sara y Rita para trabajar.

Las amigas habían trabajado muy duro para convertir ese galpón en un pequeño laboratorio. Tenían una balanza que alguien había dejado de usar, unos baldecitos, unas cucharitas de esas que las mamás usan para medir el azúcar cuando hacen tortas e infinidad de otras cosas, además de sus delantales de trabajo.

En su laboratorio fabricaban perfumes con pétalos de rosa, jabones con aroma a limón y muchas otras cosas con recetas que escribían en un cuaderno de laboratorio que era su máximo tesoro.

Un día escucharon a la abuela conversando con su amiga Karen. Al parecer, en un lugar llamado Esteros de Farrapos, había una planta que después de un proceso especial producía un tinte de color azul. Karen había visitado lugares lejanos en donde se usa el tinte para teñir telas, ropa o pintar las paredes de las casas y había aprendido a fabricarlo de forma artesanal. Apenas escucharon esto, Sara y Rita corrieron al laboratorio, agarraron su cuaderno y un lápiz y se sentaron a escuchar la historia de ese colorante natural.

La planta, cuyo nombre científico es *Indigofera suffruticosa* se llama comúnmente Índigo. Sara escribía en el cuaderno, pero esos nombres eran tan difíciles que la llamó añil. Esa tarde aprendieron que el añil crece en terrenos arenosos, es una plantita no muy alta y tiene una flor color rojo que florece principalmente en los meses de verano. En muchos países, existen grandes plantaciones de añil, pero en Esteros de Farrapos crece de forma silvestre y parece un simple e insignificante arbusto.

Desde ese momento, no pudieron parar de pensar cómo llegar a Esteros de Farrapos, conseguir una plantita para obtener el color azul en su laboratorio.

Después de mucho investigar y preguntar a todas las personas que pudieron, lograron saber que Esteros de Farrapos es un Parque Natural de Uruguay,

que se encuentra entre Nuevo Berlín y San Javier, en Río Negro. Este parque tiene muchas especies de flora y fauna nativa y por esto está protegido. ¡Lo mejor era que estaba muy cerca de sus casas!

Muy entusiasmadas se contactaron con los guardaparques que, con mucho cariño y dedicación, las ayudaron a encontrar esa plantita.

Con las plantitas en su poder las niñas científicas se preguntaron ¿y ahora? ¿Cómo obtenemos el polvo color azul?

Así que le pidieron a la abuela que por favor invitara de nuevo a su amiga Karen para que las ayudara en este nuevo experimento. Las niñas ya se imaginaban poniendo una tienda en la que iban a vender innumerables productos de color azul, desde ropa hasta toallas, repasadores y almohadones. Iba a ser un éxito. Todas sus familias iban a poder trabajar de la industria del añil en la región.

Después de mucho insistirle a la abuela y ya cuando se estaban dando por vencidas un día apareció Karen, les golpeó la puerta del galpón y les preguntó si todavía querían conseguir ese tinte azul.

Las niñas saltaban de alegría, se pusieron los delantales que usaban para hacer los experimentos y comenzaron a trabajar mientras Karen les iba dando instrucciones. Después de mucho trabajo, mucho más que cualquier otro experimento que hubieran

realizado, observaron que tenían apenas dos bolitas diminutas del polvito azul. Estaban agotadas y muy preocupadas porque iba a ser imposible obtener todo el colorante que querían para su tienda.

Entonces Karen les terminó de contar la historia de cómo se obtiene ese tinte, de la cantidad de plantas que se necesitarían para poder teñir ropa suficiente como para vender en una tienda y les explicó la importancia de mantener esa planta nativa en el Parque Natural. Las pequeñas científicas, que habían estudiado mucho de la importancia de mantener la biodiversidad en el planeta, decidieron abandonar su proyecto de obtención del añil y seguir experimentando con las plantas del jardín de Virginia.

Más tarde tomando el té con Karen y la abuela, estas niñas se dieron cuenta que a pesar de que el proyecto de la tienda de productos color azul había fracasado, ellas habían aprendido y conocido el Parque Natural Esteros de Farrapos, parte de su vegetación y a sus guardaparques, conocían ahora el proceso de obtención del añil, pero sobre todo habían experimentado cómo es la vida de un científico de verdad. Habían comprendido que a veces se obtienen resultados exitosos y otras veces no, pero lo importante es lo que se aprende en el camino.



María Lucía Pareja Pereira
(42 años, Paysandú - Paysandú)

El juego de la escondida

Al fin y al cabo se volvió un juego. Un juego de fuerza y mutaciones. Un juego de guerra, muchas veces fúnebre, por la supervivencia tanto de individuos, como de especies enteras. Un juego real, tan real que da miedo. Es solo allí, en algunas de las áreas que gozan del privilegio de ser protegidas, que los ecosistemas conviven de manera armoniosa. Encontrar una paz de la que difícilmente puedan desacostumbrarse, de esa de la que si uno debe desprenderse, causa un dolor muy fuerte a la izquierda del pecho, es sumamente tedioso. Tedioso en discusiones, tedioso en papeleo, pero reconfortante para el alma. Reconfortante para ellos.

Es así entonces, que las especies dueñas de diferentes tipos de células, conviven. Conviven de tal manera que juegan, juegan juegos que en una antigüedad cercana, progenitores inculcaban a su progenie como método de protección. Es ahora, que en estos ambientes la escondida solo se utiliza como recreación.

Los aguará guazú corren hasta encontrar pastizales altos donde descansar sus negras patas escondién-

dose de rápidos buitres de cabeza roja que merodean por la zona hasta encontrar y gritarles ¡pica! desde lo alto. Las tortugas caminan con paso seguro hacia el agua que el río trae, para esconderse provisoriamente de los anfibios que a saltitos cortos las buscan para ahora ser ellos los que tomen su posición en el juego. Los carpinchos corren decididos huyendo de los zorros de monte que con gran velocidad e ingenio, los encuentran entre alguno de los tantos *Sporobolus* de la zona. La paja brava que abunda, alberga entre tanto juego a sus participantes, mientras que los senecios de flores amarillas se lucen frente a todos los viajeros, ahora conscientes, que van a observar, entre tanta belleza y tanta diversidad: el juego de la escondida.

Lucille Carcy Ferrero

(19 años, Shangrilá - Canelones)



El Monstruo

Los cinco gurises con las piernas balanceando, sentados a orillas del muelle, oteaban la costa opuesta que minuto a minuto se volvía una muralla negra e irregular. Por sobre la muralla de sombras que creaba formas fantasmales, el disco de fuego opaco y veloz, batía retirada entre dos nubes gordas de algodón. Más arriba largas puñaladas sangrantes se movían horizontalmente dando los últimos reflejos de claridad al Uruguay que corría majestuoso, como lo hacía desde épocas inmemoriales.

—Allí está, frente a los grandes álamos —gritó Baldomero—. En diez minutos estará atando el submarino en el sauzal.

—Vamos allá —dijo Nico, con los ojos fijos en el lugar indicado por su amigo.

Todos se pararon pero siguieron cada movimiento del avance, ahora veloz tras pasar el canal, de la canoa. El canoero aminoró apenas el ritmo del remo derecho y trabajó con el izquierdo y al momento enfiló la nave en línea recta al puerto. A pesar de la escasa luz, en la medida que avanzaba, la figura cobraba

nitidez. El remero era un viejo, tal vez mayor de 65 o 70 años, de pelo blanco y brazos fuertes aunque flaco, ayudado por las ropas gastadas y holgadas que llevaba puestas. El movimiento rítmico y circular de los remos parecían parte misma del entorno. Sin prisa, pero regulares y rendidores entraban y salían del agua sin apenas salpicar con su monótono “clap clap”.

Cuando enfrentó el muelle ya los gurises corrían hacia la desembocadura del arroyo, una especie de refugio natural para las embarcaciones cubierta en aquella orilla por una tupida fronda de amarillos, sarrandíes colorados, pitangas, birarós y de este lado por robustos sauces llorones y mimbres.

—Stiopka, tire la piola que la amarramos —gritaron.

El viejo se paró lentamente y les arrojó un cabo. Los niños lo tomaron en el aire y lo arrimaron, ya en la orilla lo ataron “a una rama alta por una crecida repentina” les había enseñado. Nico y Vitia ya habían abordado y tiraban hacia tierra los trastos de pesca, mallón, brazoladas rotas del espinel, un fragmento de piola madre..., que los otros cargaban en la carretilla destartalada que Saya, presto, ya había arrimado.

—¿Cómo estuvo la pesca?, capitán —interrogó exaltado Baldomero, sabiendo que llegaría una cata-rata de situaciones asombrosas y accidentes extraordinarios que impedirían traer “la gran pieza”.

El viejo posó sus manos en las caderas y girando el tronco recompuso su cintura cansada luego del largo recorrido.

—¡Ufal, muy poco más que mojarras —dijo, recogiendo una maleta con un plato de lata y una botella y bajando sin demasiada prisa.

Los gurises cincharon del piso del bote la bolsa de arpillera mojada atada en la boca.

—Aquí hay más que mojarras, capitán —dijo Nico, mientras entre dos levantaban más de veinte kilos de pescado.

Emprendieron la subida trabajando en equipo y sin dejar de conversar. El viejo empujaba la carretilla, Saya tiraba con un cabo atado a la trompa que rodea la rueda y Nico y Baldomero sostenían a cada lado la carga de piolas y pescados. El eje de la rueda hacía mucho que no recibía grasa que lo lubricara y a cada giro emitía un largo gemido. Ante el silencio del viejo Nico insistió.

—Capitán, va pesada la carretilla, ¿qué viene en la bolsa?

—Poco más que mojarras —volvió a quejarse— un paticito de 8 o 9 kilos, dos doraditos y varios bagres amarillos que me dejarán bien con doña Rosita, la bolichera, que es fanática de comerlos fritos sólo pasados por harina y sal.

—Tal vez sobren unos reales para unos caramelos “pedregullos” insinuó Nico.

Silencio....

—Capitán, ¿la pieza más grande que haya conocido, la pescó o se le escapó?

Silencio...

Cuando llegaron al repecho del molino y el chirrido de la rueda se acrecentó, el viejo dijo despacio:

—A ese surubí se la tengo jurada, seguro que un día nos volveremos a encontrar.

Los gurises lo miraron y callaron, sabían que había más.

Fue a comienzos del verano, levanté un espinel chico del Eucalipto y remé río abajo para tenderlo en la boca del arroyo de la Gran China. Tras un zambullón me arrimé a la colmena de Jacobo porque el sol picaba fuerte. Después de tomar un kuas y ayudarle un poco, decidí volver al río. Ya en la costa bajé unos pichones de palomas y encarné el rastrillo (un aparejo de piola gruesa con dos anzuelos en línea y una boya grande de rama de ceibo con el que voy peinando la orilla en busca de alguna presa). De pronto vi con sorpresa que varias brazoladas del espinel habían sido arrasadas hacia una punta. Preocupado fui levantando y ordenando los anzuelos pero no se notaba nada anormal. Volví al centro del bote y en

eso me percaté que la boya de ceibo no estaba. Extraño, además, porque no se oyó ni el más leve ruido, instantes después subía lentamente y quedaba muy quieta como si nada hubiera pasado. La observé un rato sin entender, pues conozco el pique de cada pez de este río, pero acá había algo extraño. Nuevamente calma total, arriba cielo y sol y abajo un espejo plano y azul que se extendía más allá de la vista. Y de pronto la boya que se endereza y desaparece a plomo de su ubicación anterior y ya no la volví a ver. Rápido hice girar la madeja soltándole hilo y eché mano al bichero, ese hierro de 80 centímetros con un gancho en la punta mezcla de garrote y arpón. La madeja se fue achicando suelta en el fondo del bote hasta que decidí sujetarlo y empezar a cansarlo. Aseguré el hilo entre los dedos y empecé a frenar su carrera, intenté calcular su peso sacudiéndolo a través del cordel, seguramente pesaría más de 30 kilos. Como pescador viejo decidí hacerlo más cómodo, aseguré el hilo a la horqueta de sujetar el remo y me acomodé en la tabla del asiento. Parecía que no iba a presentar lucha y me propuse a esperar. El sol se hacía sentir en la piel, los ojos entrecerrados me aliviaban de su reflejo en el agua y que me hacía concentrar todos los sentidos en el tacto. Como dos luchadores se estudiarían agazapados, a un par de metros uno del otro, mirándose y

esperando el ataque. A través del cordel que tenía entre mis dedos, pulgar e índice, procurábamos conocer qué o quién estaba al otro extremo, qué especie, cuánto pesará, qué intenciones tendrá.

El tiempo pasa y la quietud se hace insostenible, el silencio en el monte es sumamente extraño...

Y de pronto aquel zumbido que me apabulló, miré al cielo, parecía un avión “a chorro”, pero no. Enseguida se hizo sentir sobre la superficie, delante del bote la piola se tensó y marcó un haz primero hacia el canal y luego hacia la orilla. Y entonces el tirón que sacudió el bote y lo llevó aguas abajo a una velocidad increíble. Pegado a la orilla arbolada supe del peligro y levanté los remos, los coloqué en el interior y al medio, me tendí en el piso procurando mantener buen equilibrio. La enloquecida carrera seguía y al levantar la vista vi desfilas a la izquierda un sauzal rodeado de pequeñas casitas blancas. Los ocres y la variedad de verdes del bosque nativo se imponían sobre el resto de los colores que se mostraban irregulares ante mis ojos en un paisaje cambiante y luminoso. El silbido de un capibara da la alarma y la manada se zambulle ruidosamente desde la costa. Al unísono bandadas de palomas y un par de garzas rosadas que se alimentaban en un sangrador emprendieron fugaz retirada. Ahora prima el amarillo de las arenas del

banco grande. Una manada de jabalíes va hozando la costa en busca de caracoles seguido de un multicolor ejército de gallaretas, garzas, teros imperiales, juan chiviros y bandurrias.

Metí la mano en el agua y me enjuagué el rostro y la nuca. Me sentía afebrado y el monstruo volaba aguas abajo. Cuando abrí los ojos vi a corta distancia, majestuoso, navegando en sentido contrario, el Vapor de la Carrera. En la cubierta con su impecable traje azul y gorra marinera blanca, su capitán me saludaba entusiasta:

—Esteban, ¿qué hacés tan lejos de tu pueblo?

Tal vez eso me distrajo, la proa se acercó a la costa, tocó un tronco de amarillo sumergido y volé en vuelta de campana por el aire hasta una mata gigante de ñapindá. Rasguñado y dolorido logré enderezar el bote pero perdí un remo, todos los insumos de pesca y la gran madeja a manos del “monstruo”.

El viejo había soltado la carretilla apretando los puños:

—Sesenta años me he alimentado con peces de este río, si me muero les pido me tiren en un sangrador cualquiera del Estero, y así ser comida de los reyes del humedal. Tal vez del propio monstruo, quiero ser parte del barro donde anida la nutria, sentir a los chajás alborotados, los quejidos de la gallineta, sentir

sobre mi cuerpo las patas flacas del carao, el olfato curioso del capibara.

Baldomero casi gritó, por algo era el jefe de la pandilla:

—Capitán, ¿qué le pasa, está llorando?

El viejo con los ojos brillantes recorrió las figuras menudas con la mirada, respiró hondo y dijo:

—Llegamos a lo de doña Rosita, vamos, bajen esa bolsa de pescados y venga ese vino que estoy necesitando y vengan esos caramelos pedregullos.

Ricardo José Belbey Castellanos
(60 años, San Javier – Río Negro)



El trinar de las aves

Algo inusual ocurría en los esteros una tarde de invierno en la que el chajá Bladimir y su hijo Junior descansaban al sol sobre las ramas de un sauce ribereño. Observaron en el cielo una bandada de paletas rosadas, algo que no era habitual verlas por ahí en esa época del año. Ante la curiosidad, el chajá Bladimir le pregunto a la paleta rosada que encabezaba la bandada. ¿Cómo anda *Platalea ajaja*?

—No te burles papá, cómo te vas a reír de los demás, no está bueno —le replico su hijo Junior.

—No me rio hijo, je je... Ese es el nombre científico que le pusieron los humanos.

—¿Se adelantaron esta temporada, qué los trae tan temprano?

—Se nos hace difícil encontrar un lugar seguro para poder anidar nuestros huevos, contesto la paleta rosada, la contaminación y devastación de los humanos está alterando todo los ecosistemas que antes habitábamos. Como usted sabe somos una especie muy sensible.

—Sí, por acá también los humanos están haciendo de las suyas —contestó Bladimir— pero confío en

que encontrarán un buen lugar para la nidificación. Le deseo suerte.

Luego del pasaje de la bandada Bladimir quedo reflexionando en silencio y al cabo de un instante le comento a su hijo Junior:

—Pero esto es extremadamente grave, si todos los ecosistemas se están alterando, quiere decir que el medio ambiente está en peligro.

A lo que Junior le pregunto:

—¿Y cuando vos eras chiquito, existía el ambiente entero, o ya era medio?

—Junior, ahora tenemos que llamar a todas las especies y convocarlas a un conversatorio para informar y resolver esta situación. Después te explico lo de medio ambiente.

Así fue que la convocatoria recorrió todos los esteros, humedales e islas. La reunión se realizó bajo la sombra del Ingá más antiguo y el más alto, para su fácil localización. Allí llegaron representantes de casi todas las especies: más de doscientas especies de aves se hicieron presentes, carpinchos, ciervos, zorros de monte, cruceras, yararás, tortugas y lagartos que hicieron de interlocutores con los sábalos, bogas, patíes, pacúes y dorados que también se arrimaron a la costa.

El tema de debate era conocido por todas las especies allí presentes: la gran contaminación y la des-

trucción de los esteros por manos de los humanos, la tala de los montes, la caza indiscriminada. Esto provocó reacciones de todo tipo, pero todas concluían en lo mismo, atacar a los humanos destructores. La primera propuesta fue la de las hormigas Atta, las constructoras de los hormigueros más grandes que existen, alrededor de nueve metros de diámetro y cinco metros de profundidad. Ellas proponían utilizar los hormigueros como trampas para atrapar humanos, pero no tuvo mucha aceptación. Otra idea fue custodiar el lugar con pumas, para que estos atacaran a cada persona que dañara el lugar, pero la tortuga opinó que era muy arriesgado poner a los pumas en la primera línea de guerra, ya que estos estaban en vía de extinción y serían presa fácil para los cazadores. Después de varias horas de debate, la represalia que generó mayor adhesión fue el ataque de abejas. Farrapos, enteros e Islas del Río Uruguay serían custodiados por todas las especies que allí habitaban, cada una de ellas se haría responsable de la vigilancia, y ante la menor detección de peligro el chajá Bladimir sería el encargado de dar la señal de alarma. Esta consistiría en levantar vuelo a gran altura describiendo círculos en el aire acompañado de los potentes gritos de chajá-chajá, esta señal daría aviso a las abejas isleñas quienes serían las encargadas del

ataque. Ahora solo faltaba convencer a las abejas y a don Julio el apicultor, y para ello salió una delegación encabezada por el chajá Bladimir con destino a la Isla Filomena Chica.

Al llegar a la isla se encontraron con don Julio, quien descansaba en su casa construida sobre palafitos. Luego de presentarse Bladimir se dispuso a informarle los motivos de su visita y a explicarle la estrategia que habían diseñado con el resto de las especies. Don Julio escuchó pacientemente y con la misma calma que caracterizaba a la isla, pero no estuvo de acuerdo con el plan, a lo que les respondió:

—Sé de lo que me están hablando, conozco el daño que están provocando los seres humanos. Ustedes capaz no recuerdan, pero yo viví la época de los cazadores de botas negras, ellos enjaulaban y mataban indiscriminadamente. Los agrotóxicos utilizados en el campo mataban mis colmenas, por esos motivos fue que decidí venir a vivir a la isla. ¡Hoy, aquí, produzco la mejor miel del mundo, miel de monte indígena, limpia de pesticidas y en total armonía con la naturaleza! Lo único que les puedo decir es que no pondré en riesgo a mis abejas, aparte no les conviene entrar en guerra con los humanos, ellos cuando quieren pueden ser muy dañinos.

—Pero qué podemos hacer —le pregunto Bladimir— algún escarmiento tenemos que darles.

A lo que don Julio les respondió:

—Y en vez de un escarmiento, ¿por qué no pensamos mejor en un reconocimiento para aquellas personas que contribuyan a la limpieza y conservación de los esteros?

—¿Y cómo sería ese reconocimiento? —pregunto el representante de los pirinchos.

—Ustedes las aves —respondió don Julio—, ustedes serán las responsables del agradecimiento... A cada persona que realice una buena acción ustedes le regalaran su canto, a los seres humanos les encanta oírlos cantar.

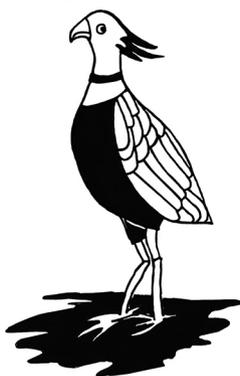
Aunque la idea de don Julio en un principio no convenciera a las aves, comenzaron a aplicarla de todos modos, y al final esa fue la forma de concientizar a los humanos sobre el impacto de sus prácticas dañinas y la afectación de los ecosistemas que integran los esteros, humedales e islas.

Poco a poco los humanos comprendieron el mensaje, y de a poco se fue terminando con la tala de montes autóctonos, la pesca furtiva, la caza indiscriminada, disminuyendo la contaminación y se logró cierta armonía en la convivencia entre seres humanos y la naturaleza.

Después de varios años, hoy, Junior, es el chajá quien se encarga de la vigilancia aérea y de mantener el legado que le dejó su padre Bladimir.

Es así que hoy en día, se pueden observar entre los tonos cobrizos de cada atardecer, magníficas coreografías aéreas de numerosas bandadas al ritmo del trinar de las aves.

Carlos Osmar Cejas Altamiranda
(33 años, Fray Bentos – Río Negro)



Mi florcita viajera

Hace algunos años, cuando era chiquita, salimos de vacaciones con mi familia: mamá, papá y mis hermanos Gaspar y Timoteo. Fuimos al “Parque Nacional Esteros de Farrapos e Islas del Río Uruguay”, que se encuentra en el departamento de Río Negro, ¡un paseo en la naturaleza de verdad!

Era un lindo día soleado, cuando llegamos nos esperaba un señor vestido de verde. Su nombre era Sergio. Él nos acompañó a un galpón muy grande de piedra donde nos contó que él era el encargado de ayudar a cuidar el Parque. También nos dijo, en voz baja, que nos llevaría de paseo a lugares muy secretos que sólo él conocía, pero que ahora también visitaríamos nosotros. ¡Y así empezó la aventura!

Salimos hacia el río y nos subimos a una lancha muy emocionados. Nunca anduvimos en bote así, era una nueva experiencia para nosotros. Mis hermanos se sentaron adelante de todo, después mi mamá y mi papá, y yo me senté atrás al lado del guía. Iba tocando el agua fresca con mi mano mientras disfrutaba de la brisa. Como un espejo que tintinea con el sol, el agua

reflejaba los árboles de la orilla, las nubes del cielo y los pájaros que pasaban volando.

Al llegar a una isla, en la orilla del río, fue que conocimos a un gran árbol llamado Ingá, que Sergio nos mostró. Tenía unas hojas especiales que nos permitiría reconocerlo por siempre. Caminamos por la arena, sintiendo que estábamos solos en este mundo, hasta llegar al monte nativo donde vimos muchas plantas y bichos que no conocíamos. A mí me encantó sentir los diferentes olores: a tierra mojada, a pasto, a flor... Probamos algunas hojas que se pueden comer; algunas te hacían picar la lengua y otras tenían un gusto a anís que me recordó a los bizcochos de mi abuela. También descubrimos unas frutitas rojas llamadas Pitanga que eran muy ricas y nunca las habíamos probado. Era lindo ver la luz que pasaba a través de los árboles del bosque, porque cuando entramos parecía ser un lugar un poco oscuro. Parece que ahí, en el monte, entre medio de esa cantidad de plantas, viven muchos animales de nuestra fauna; es como su casa... su refugio. Vimos pajaritos chiquitos comiendo frutas y flores, y arañas que hicieron que mi mamá saliera corriendo. Timoteo, al ver unos bichos peludos colgando de una rama quiso tocarlos, pero por suerte mi papá le advirtió que no lo hiciera porque eran venenosos. Gaspar llevó su nueva cámara

de fotos, que le habían regalado para su cumpleaños, pues quería fotografiar a unos animales muy especiales: el puma y el aguará-guazú. Al final, no pudimos encontrarlos, pero igual quedó súper contento porque sacó fotos de ranas, huevos rosados de caracol, pájaros de patas y picos largos, y hasta una víbora venenosa. Por suerte estábamos con Sergio, que nos explicó todo sobre las víboras del Uruguay. Ahora sabemos que las tenemos que dejar tranquilas, y no nos morderán.

En un momento escuchamos un ruido como de un perro ladrando en el monte y después un chapuzón. Fuimos corriendo a ver qué era, pero sólo quedaban unas huellas en el barro junto con una montaña que parecía de aceitunas verdes. Sergio nos dijo que era la materia fecal del carpincho, ¡el roedor más grande del mundo! Seguimos con la vista una estela de burbujitas en el río, que nos mostraba como se iba alejando el carpincho, nadando bajo el agua. De repente, mientras estábamos ahí, al borde del río, se llenó de picaflores que volaban zumbando en una planta que tenía como cepillos naranjas... y claro, se llamaba flor de cepillo.

Cuando volvíamos, recorriendo el humedal, vimos muchas aves grandes y grises que empezaron a gritar: “chajá, chajá, chajáaaa”. Son las guardianas del lugar y les avisan a los demás animales del peligro,

por lo que otros pájaros rosados también salieron volando por el cielo. Hasta los peces del río se sorprendieron de tanto ruido y empezaron a saltar fuera del agua para ver quién pasaba por ahí.

Sergio nos contó que cada uno de los ecosistemas que visitamos, el monte, el humedal y el pastizal, tienen plantas y animales que les gusta vivir ahí. Nos llevó luego por un sendero hasta llegar a unos hormigueros muy grandes, junto a unos árboles con espinas llamados ñandubay. En un momento del paseo paramos a descansar un poco, y ahí fue que vi una planta muy especial, divina, con muchas florcitas de un color violeta-rosado que brillaban como si tuvieran brillantina al sol. Qué sorpresa me dio una de las florcitas, la más linda de todas, cuando me sonrió. ¡Sí, me sonrió! Me acerqué y sentí un perfume muy suavcito que me recordó a mi abuela, porque ella siempre tiene ese olorcito a flores cuando me besa. Decidí que le llevaría esa florcita y corté su tallito lo más abajo posible, sin lastimar a la planta ni a sus otras hermanas florcitas. Mi abuela ama las plantas y estaba segura de que se quedaría feliz con mi regalo. Ya se terminaba nuestro paseo en este lindo lugar, y puse la florcita violeta en un vasito con agua, mirando por arriba del borde, disfrutando de la vista todo el camino de regreso hasta nuestra casa en Maldo-

nado. Y así fue como mi abuela Juanita vio a nuestra florcita sonriente por primera vez.

A pesar de que estaba muy emocionada y me agradeció mucho mi regalo, ella estaba preocupada ya que no quería que nuestra florcita muriera luego de tan largo viaje. Por eso, me propuso que investigáramos juntas para conocer más sobre esta linda planta. Enseguida descubrimos que el nombre de nuestro tesoro era *Petunia integrifolia* y que era una planta nativa del Uruguay. Además, vimos que era una planta muy importante porque la encontramos también en la lista de especies prioritarias para la conservación. Mi abuela me explicó que esa lista fue hecha por el Sistema Nacional de Áreas Protegidas, justamente resaltando las especies que precisan especial protección en nuestro país. Me sentí con un poco de culpa por haber cortado la florcita solo porque era linda, pero abuela me dijo que lo que podíamos hacer era cuidarla muy bien, y tratar de reproducirla. Ella conocía bien a otra petunia nativa llamada *Petunia axillaris*, de grandes y perfumadas flores blancas, que brindaba capullos con muchas semillas. Entonces miramos de cerca a nuestra flor y vimos que tenía un pequeño capullito verde sobre su tallo. ¡Qué alivio sentimos! Fue así como nuestro tallito continuó en su vasito de agua por unos días hasta que finalmente el capu-

lito maduró, se secó y empezó a abrirse, brindando luego sus pequeñísimas y mágicas semillitas. Recogí las valiosas semillitas en mi mano, y con mucho cuidado las sembramos en una macetita preparada con tierra livianita y húmeda. También decidimos plantar el tallito con su flor en otra maceta con tierra y las pusimos juntas, una al lado de la otra. Con mucho cariño y atención las regamos por algunos días, vigilando atentamente si había novedades. Una semana después, en la mañana temprano, vimos que la florcita sonreía inclinando sus pétalos violetas hacia la macetita vecina. ¡Qué alegría! Las semillitas habían germinado y estaban creciendo un montón de nuevas plantitas de *Petunia integrifolia* en nuestro hogar.

Ahora, años después, cada vez que vemos a nuestra florcita viajera y a sus hijas y nietas sonriendo al sol, recordamos nuestra linda visita a los Esteros de Farrapos y sabemos que debemos valorar mucho nuestra flora nativa.



Jeanine Beare

(55 años, Pinares - Maldonado)

El duende del humedal

Como todas las tardes de aquel verano, los pequeños peces jugaban entre las raíces de los sarandíes que daban a la orilla del río.

Algarabía en los sarandíes, que muy contentos sacudían el follaje riéndose por las cosquillas causadas por los peces.

Las diversas aves del lugar estaban muy celosas, porque las plantas no solían tener tanta alegría cuando ellos se posaban, eran tantos los celos que planearon en llamar al martín pescador para deshacerse de los peces.

Una abeja, que a pesar de su ardua labor y siempre apurada, escuchó el plan de las aves, voló muy deprisa hacia una de las islas flotante del estero, donde vivía un viejo duende, y contó tan rápido como un zumbido lo que había oído

El duende llamó al carpincho para que lo llevase al lugar de los hechos, el gran carpincho nadó hasta los sarandíes con el duende montado en su lomo.

Cuando llegó al lugar, un bullicio de aves, plantas e insectos discutían mientras allí estaba el sagaz mar-

tín pescador, el cual se había aliado con las garzas rosadas para acorralar los pequeños peces.

Los sarandíes trataban de esconderlos entre sus raíces, mientras trataban de explicar a las aves, pero entre tanto trino, gorjeos y zumbido de insectos que se habían sumado a la discusión, no se comprendían.

Mientras en el río avanzaban sigilosamente las algas dañinas tratando de pasar sin ser vistas, aprovechando la distracción del momento.

Pero nada ni nadie escapa a los sentidos del viejo duende, que golpeó con su bastón en el suelo —todo ser que allí estaba hizo un profundo silencio— y dijo:

—Cada uno de ustedes forma parte de cada rincón de este lugar.

Una de las aves protestó:

—Pero, los sarandíes sólo ríen con los peces y con nosotros no se divierten así.

Los sarandíes contestaron.

—No es así, tanto a ustedes como a los insectos jamás los hemos maltratado, aunque nos enoja el carpincho que roe los retoños.

Pero el duende prosiguió.

—Este humedal es sostenido por cada uno de ustedes, si se destruye de seguro este paisaje morirá con ustedes.

El pez mantiene limpio de gérmenes destructivos a las raíces de las plantas acuáticas, así mismo las raíces de la flora mantienen limpias las aguas filtrando las algas peligrosas.

El Sarandí devuelve el gesto brindando cobijo para las aves, néctar y savia para los insectos.

Pero si no existieran las aves los insectos proliferarían demasiado, así mismo los insectos y las aves dispersan semillas y polen para que las plantas sobrevivan.

El roer de los carpinchos mantiene la flora en orden porque si no fuese así, estaría todo tupido.

Entre insectos, aves, peces y carpinchos mantienen la flora y esta a su vez cumple la función que debe, porque sin ellas mis islas flotantes se irían al fondo del río.

Así mismo yo, bípedo inteligente, si destrozo el paisaje y cazo hasta la extinción los seres vivos este ecosistema no duraría mucho tiempo.

Y desde el pantano tronó una grave voz:

—Son hermosas tus palabras, pero si no vuelven a su lugar, las peligrosas algas pasarán y será un daño irrecuperable —dijo el majestuoso ciervo que se había sumado a la reunión.

Por suerte todos habían entendido el mensaje y volvieron a sus vidas habituales.

Y desde entonces se dice que en el humedal los seres vivos son llamados para acrecentar la biodiversidad, donde son protegidos por un viejo y mágico duende que habita en las islas flotantes.

Nelson Enrique Gutiérrez Zamora
(47 años, Fray Bentos – Río Negro)



La búsqueda

Salimos del pantanal justo enfrente a la bomba de agua que alimentaba al gigantesco acueducto, encargado –a su vez– de alimentar a uno de los lagos artificiales más alejados de la fábrica. Allí la carretera comenzaba a bordear al pantanal y a las peligrosas zonas de desmontes adueñadas definitivamente por la uña de gato y el caraguatá.

Del otro lado de la carretera corría un profundo y ancho canal de varios kilómetros de largo, construido totalmente en concreto. Era el canal principal. El único responsable de abastecer a su paso una infinidad de canales secundarios y de unir al conglomerado de lagos artificiales y de acueductos componentes de aquella formidable red establecida para regar más de ocho mil hectáreas de plantación.

Desde la otra orilla del canal se extendía implacable y tierno, el cañaveral: la caña de azúcar.

Allí, entre siembra, carpida, riego, quema, corte y carga de la cosecha, transcurría la dura y terrible vida del “peludo”, el trabajador a destajo.

Entonces éramos todos gurises.

Recuerdo que una pareja de horneros acarreaaba barro para el nido que construían en la parte media de la torre de alta tensión, situada a escasos metros del edificio que albergaba a la poderosa bomba de agua y también que una tijereta caía achicharrada al posarse en uno de los gruesos y tensos cables que conducían la electricidad.

—Qué mala suerte —dijo el Pelusa— miles de metros de cable perfectamente protegido y este pobre bicho se posa exactamente en una peladura de morondanga.

—Mira —comenté simplemente— la descarga le cortó las patas.

Para entrar al monte habíamos abandonado la carretera, atravesado el bañado y recorrido gran parte del pajonal. Para volver a la carretera abandonamos el monte al final de un sangrador y otra vez enfrentamos el pajonal y finalmente el bañado.

Mientras descansábamos y nos sacábamos el agua de los championes, mirábamos al horizonte a lo lejos buscando algún hilito de humo. Pero no tuvimos suerte.

—¿Podrá hacer fuego la maestra? —nos preguntó el Avestruz.

—Bueno —le contestó el Pelusa—, ella tendrá que darse maña... Fósforos es lo que siempre tiene a

mano porque los usa para encender la cocina a leña de la escuela. Esperemos que haya logrado mantenerlos bien secos a pesar del pantano y en esa húmeda oscuridad del monte.

—Además —pensé en voz alta—, ella anda con todas las cajas de fósforos que nos va sacando cada vez que armamos fogatas en los recreos.

La señorita maestra era gente de ciudad y no sabía nada de las cosas del campo ni de las del monte. Sentía terror de las ratas, de las víboras, del cañaveral y hasta de los sapos y de las ranas. No podíamos imaginarla sobreviviendo, aunque fuera una sola noche, perdida en el monte con su bolso, sus cajas de fósforos, su linterna de cinco elementos, una niña de once años y un perro algo desobediente y bastante balín. Para peor, esa parte del monte, por su vegetación densa y enmarañada, por su bajo techo de resaca húmeda y podrida, era una de las más duras de pelear. Ahí mismo el viejo Rosendo, que era uno de los baqueanos más reconocidos de la zona, una vez se quedó atrapado y por poco no terminó muerto.

Todos allí en el pueblo pensábamos que lo mejor que podía hacer la señorita maestra era quedarse quieta esperando el rescate sin intentar salir del monte porque de otro modo se perdería sin remedio.

—¡La mierda!, —dijo el Avestruz mirando al pájaro electrocutado— anduvimos tres horas y pico deambu-

lando por esa interminable maraña atiborrada de víboras, de sanguijuelas y de todo tipo de alimañas, sin botas ni protección de ningún tipo, y estamos ahora a salvo en la carretera con apenas algún que otro rasguño cada uno, pero esta pobre tijereta, teniendo todo ese inmenso cielo solo para ella, encuentra la muerte de la manera más pava.

—Esa zona de desmonte suele estar inundada casi todo el año —afirmó el Pelusa— y los más conocedores dicen que es más peligrosa y traicionera que el monte y que todo ese artero pantanal cubierto de paja, de ratas, de caimanes y de víboras. También, hay quienes dicen que, ahí, el yaguareté es rey y señor.

Otro más —pensé— que cree en que todavía hay yaguaretés.

—Ustedes, ¿qué opinan? —preguntó.

Según mis cálculos —dije— ahora estamos a una legua y media del lugar en que abandonamos esta mañana la carretera y las bicis.

Me refería al yaguareté...

—El día en que me traigan uno —dije—, me pondré a pensar en cómo fue que pudo sobrevivir un bicho así entre tanto bicho humano.

—Bueno —dijo el Pelusa—, aquí aún se ven yacarés, nutrias, lobitos, manadas de capinchos y de jabalíes y entonces no sería extraño toparse con un yaguareté...

La sala de máquinas estaba prácticamente bajo tierra. Para entrar debimos bajar dos tramos de escalera. Allí todo era concreto y las paredes temblaban porque los motores estaban encendidos. Cruzamos la puerta de metal que estaba abierta y nos invadió un ruido infernal.

Era obvio de que allí era imposible poder intercambiar palabras.

El encargado nos hizo señas de que saliéramos al pasillo y una vez todos al aire libre, nos dijo que estuvo todo el tiempo en la cabina, haciendo y recibiendo llamadas por teléfono, que un grupo de veintiocho hombres estaba rastrillando el monte y que muchos estaban convencidos de que la maestra encontró a Mariana demasiado lejos, monte adentro, y que luego se perdieron buscando la salida. Cuando suene la sirena de la fábrica —nos aseguró— será señal de que los encontraron. Ellos, los de la cuadrilla, están tratando de no dejar lugar sin rastrillar y esperan que la cosa se resuelva antes de que llegue otra vez la noche.

Nos despedimos del encargado de la bomba y subimos la escalera para abandonar el edificio. Entonces vimos el humo allá a lo lejos monte adentro y le gritamos la novedad al trabajador que aún estaba afuera a pocos metros de la puerta. Él subió y nos dijo que se encargaría de transmitir la noticia y de pedir auxilio.

Nosotros volvimos al infierno del pantanal sin importarnos para nada los bichos y el barrial.

Tampoco nos importaban las águilas y los caranchos que escudriñan desde el cielo toda la inmensidad del pantanal eligiendo pacientemente la siguiente víctima. Sólo atendíamos a no perder la señal de humo que nos llamaba desde las entrañas del monte allá a lo lejos. De a ratos caminábamos con el agua por encima de las rodillas y con los championes haciendo ventosas en el barro espeso del fondo del pantano. Cuanto más nos acercábamos al monte, menos distinguíamos las bocanadas de humo. Eso nos preocupaba bastante y, entonces, cada cual trataba de encontrar y de retener en la mente alguna referencia del lugar, algo que tuviera que ver con el tipo de árboles, con los colores del entorno y con cualquier cosa que rompiera con la monotonía del paisaje.

De pronto comenzamos a oír, de tanto en tanto pero cada vez más nítido, el ladrido inconfundible del *Ricardo*. Y eso nos cambió la forma de encarar la entrada al monte y el resto que nos quedaba de pantanal para devorar.

Volviendo de la escuela, *Ricardo*, el perro de Mariana, se salió del camino corriendo, según dijeron algunos de los otros niños, detrás de un zorro. Lo vieron meterse en el pantanal, seguir rumbo al monte

y desaparecer. Como pasaron los minutos y no volvía todos empezamos a ponernos nerviosos. De pronto, Mariana corrió pantanal adentro y detrás de Mariana se perdió la maestra. Ninguna volvió.

Al rato todo el pueblo organizaba la búsqueda y, en tanto, sobrevino la noche.

El Pelusa y el Avestruz eran como hermanos. Tenían doce años igual que yo. Esa noche pedimos permiso a nuestros padres para salir temprano a la mañana, en nuestras bicicletas y por la carretera para ayudar en la búsqueda. Cada uno llevó su mochila, un par de refuerzos de mortadela, fruta y la cantimplora con agua, daga al cinto, honda al cuello y guijarros en los bolsillos. También llevábamos, repartido entre las tres mochilas, un botiquín de primeros auxilios y ropa y frutas para Mariana y para la maestra.

Pedaleábamos con los oídos atentos a ladridos o gritos y mirando hacia el bañado y hacia el monte buscando indicios de personas o señales de humo.

En el primer lago artificial bajamos de las bicis, las dejamos en la cuneta y subimos la escalera de metal que llevaba a la plataforma formada por las trece compuertas que dispensaban el agua acumulada en el lago al canal situado prácticamente al nivel de la carretera. Desde esas alturas teníamos un increíble panorama del pantano y del monte a lo lejos. El rui-

do del agua al pasar por las compuertas y caer en el canal era ensordecedor. No vimos nada que llamara la atención y, entonces fue que el Pelusa opinó que tendríamos que abandonar las bicis y caminar por el pantano hasta internarnos en el monte.

—Sólo desde ahí —dijo—, podremos escuchar ladridos y voces o gritos y si la maestra pudo hacer fuego, escuchar, olfatear o ver el humo. ¿Están de acuerdo?

Se ve que estuvimos de acuerdo porque nos miramos, fuimos hasta las bicis, las subimos a la plataforma y con mucho cuidado y esfuerzo las llevamos al otro lado del lago, que era también el otro lado del canal, y las abandonamos escondidas entre el pastizal, bien recostadas al terraplén.

En ningún momento pensamos que alguien pudiera estar muerto allá en el monte. Por lo menos ninguno de nosotros lo comentó. Creo que, entonces, estábamos más preocupados por la maestra que por Mariana que aunque tenía solo once años era —al igual que el *Ricardo*—, fatal para andar dentro del yuyal y de las espinas.

Tampoco pensamos en que era una locura lo que íbamos a hacer.

Entramos nuevamente al monte. La vegetación era endiabladamente espesa y atiborrada de uñas de

gato. Caminamos buen trecho por debajo del techo de resaca que las incontables crecientes fueron construyendo con el pasar del tiempo, año tras año. Luego anduvimos por el monte alto y pudimos caminar normalmente y sin muchas dificultades.

Ahora las señales eran ladridos y voces que aún no podíamos descifrar. Después llegaron el olor a humo, el resplandor de las llamas, el ruido del fuego y la voz, dulce y a la vez severa de la maestra que decía:

—No podemos llevarlos, tendremos que mantener el secreto si queremos que vivan, y ahora tenemos que salir de aquí. Así que, quieras o no, caminaremos hacia un lugar más alto y más abierto donde podamos hacer una fogata más grande y lograr muchísimo humo.

Entonces los vimos. Estaban los cinco: Mariana, la maestra, el Ricardo y los dos cachorritos de yaguareté.

Ramón R. Machado Saldivia
(76 años, Paysandú - Paysandú)



La abejita biónica y la chicharra robot

La Colonia Rusa de San Javier estaba revolucionada con la llegada de varios misteriosos vehículos. Un camión negro metalizado, cerrado con una antena parabólica en su techo, custodiado por dos autos con vidrios ahumados, conducidos por personas con oscuros trajes.

La gente confluyó a curiosear la actividad de aquellos “turistas” extraños en el puerto del sauzal. Había un cordón policial que no nos permitía acercarnos. Luego la comitiva, al parecer invitada por las autoridades, fue hacia el Galpón de Piedra, al Centro de Visitantes del Parque Nacional Esteros de Farrapos e Islas del Río Uruguay. Sus caras iban serias, lo mismo sus gestos.

Nosotros, con mis amigos, teníamos que terminar un proyecto de robótica para ciencias del liceo, no obstante nos atrapó la curiosidad. Aunque cerraron la puerta del frente, nosotros ya nos habíamos colado al baño del local, quedando allí expectantes. A mi costado estaba Marinka y Kiara, también Marcelo, Rodrigo y Matías.

Vimos a los “hombres de negro” desarrollar mapas sobre la mesa, otro pidió una pizarra y allí discutían. Lo que les preocupaba seguro estaba en el Estero, pues sus manos pasaban por encima de las islas, del río Uruguay y del humedal.

—¡Aquí en esta zona está! —afirmó uno de ellos marcando un punto en el mapa.

—Sí, el localizador del GPS lo indica bien —dijo otro arrimando una especie de tablet con luces.

—Ustedes tienen un tremendo lugar, es maravilloso ese territorio inundable.

—¡Tal cual!, como un pulmón de agua y oxígeno —explicó el primer “hombre de negro”—, pero la Abeja 2189, está fuera de control y prepara sus enjambres, y no podemos perder más tiempo.

Nuestro alcalde, que estaba en la reunión, permanecía atónito. Al parecer no entendía la explicación de los hombres de negro. Por eso el comisario dijo:

—Supongo que así como ustedes la van siguiendo con el GPS, pueden encontrarla, destruirla o desconectarla.

—No es tan fácil, comisario, esto es un asunto binacional, por eso necesitamos de la CARU. Pero no tenemos tiempo para realizar trámites. Esta abeja escapada es biónica, tiene partes biológicas y partes de estructuras nanométricas que establecen comporta-

mientos. En nuestro espacio pudimos atraparla y ver su secuenciador y así regularla. Pero la naturaleza nos ha sorprendido una vez más. Ahora está en este lado del río Uruguay y es imperioso destruirla.

El alcalde se puso fuera de sí:

—¡Eso es imposible! Esteros de Farrapos es un área protegida por ley y es una de nuestras maravillas. Allí no se puede hacer nada que afecte ese espacio, sus aves, sus plantas, su riqueza.

La funcionaria de turismo también puso el grito en el cielo y manifestó:

—¡Acá tenemos las autoridades de Prefectura y ellos no permitirán nada!

Entonces el hombre de negro expresó:

—Esto es un paso importante de la ciencia y no podemos perderlo por un simple error. Pues si la prensa supiera que esta abeja biónica modifica la biodiversidad, sería un caos.

—¿Cómo, cómo? —pregunta el comisario—, ¿de qué manera esa inofensiva abeja puede afectar la biodiversidad?

—Muy simple —comienza a explicar el segundo hombre de negro— ella tiene sus instrucciones de ser Hembra Reina Alfa. Por lo tanto asumirá el control de todos los enjambres de la zona.

—¿Entonces, ustedes preparaban algo como un arma biológica? —dijo el policía dando un paso a atrás, mirando con desconfianza a los extraños hombres.

—¡No! solo es una herramienta científica que preparábamos para saber más del comportamiento de las abejas y se relaciona con algunas curas como el reumatismo. La apitoxina, que aquí mi compañero les puede explicar en su momento, es casi un veneno mágico, de eso se trata nuestro estudio. Pero no podemos revelarles nuestros secretos.

El segundo hombre de negro dijo que en seguida lanzarían un dron furtivo para intentar localizar el sitio exacto de la Abeja Reina Biónica.

Todo se acomodó en el Galpón de Piedra y se colocaron pantallas digitales en las paredes. En estas pantallas se desplegaban los mapas satelitales del río Uruguay, las islas y los esteros. Uno de los extraños que hacía de peón, sacó de una caja de plástico un hermoso dron que piloteado con un control manual se elevó por encima de las casas y los árboles rumbo al sur. Poco a poco las imágenes comenzaron a proyectarse en las pantallas. Luego de ir revisando árbol por árbol, cardúmenes, bandadas de espátulas, chajás y animales de distintos portes, comenzó a titilar una lucecita azul en un punto del mapa. Los ojos de todos los presentes, estaban asombrados al ver tantas

plantas, flores y en especial unas especies de bandejas doradas que surgían de adentro de las plantas. ¡Eran panales de miel dorada pendiendo de los árboles!

El hombre de negro se excitó mucho, pues la abeja reina estaba lista para depositar los huevos.

El comisario al ver su nerviosismo charló con el alcalde y con las otras autoridades presentes de Prefectura. Algo raro se estaba gestando y los extraños argentinos no daban mucha información.

Les dijo a los hombres, que seguían atentos a la pantalla:

—¡Creo que es hora de que nos cuenten un poco más acerca de su pequeña bestia! Hay algo en esa criatura que ustedes no nos han dicho, ¿qué es?

El hombre de negro maduro con genuflexión dramática respondió:

—Algo no les dijimos, con la Abeja 2189 experimentamos con su agujón; por un lado aprovechando su naturaleza, de que su púa es limpia, no como las obreras que tienen aguja aserrada y que al pinchar mueren. La Abeja 2189 tiene, por ser Reina, una púa que se mantiene pues no es aserrada y puede pinchar varias veces. Reforzamos su aparato digestivo y la obtención de su veneno de apitoxina y ella buscará en la flora nativa alguna planta que tenga toxicidad, como la *Lantana camara* o la adelfa. Esto a la larga le dará un arma letal.

El alcalde fue el más expresivo:

—¿Así que ustedes han experimentado con un arma? ¿Convirtieron una noble abeja en una asesina?

—¡Ella ya era asesina, es un híbrido resultante de las abejas africanas que en la década del 50 vinieron a Brasil! —agregó el hombre de negro.

No nos queda otro camino que destruirla completamente. Está lista para generar abejas discípulas y éstas heredarán su ADN. Las abejas son insectos que realizan cambios de ADN en forma normal y así pueden nacer los zánganos o las reinas. Se multiplicarán en forma exponencial en todo el humedal y no habrá nada que las detenga. Ellos quedaron discutiendo y llamando por teléfono a las distintas autoridades.

Marcelo, entonces, sugirió:

—¡Volvamos urgente a nuestro proyecto!

Y todos salimos corriendo hacia el liceo. Marinka entró como una tromba y fue a la mesa donde teníamos a nuestra chicharra artificial. Kiara también comenzó a enchufar los equipos. Rodrigo revisaba la potencia, Marcelo y yo terminábamos de diseñar las alas. Kiara elevando la voz dijo:

—¡Nuestra chicharra puede enfrentar a la abeja asesina!

—¡Cierto! —afirmé—, solo hay que colocarle un arma.

—¿Arma?, no seas tonto, no puede llevar peso y además somos menores, nadie aprobaría el uso de armas —me dijo Marcelo.

Matías se rascaba la cabeza:

—Quizás la solución es que nuestra chicharra sea natural. Lo que se llama el control natural, expresó Marinka.

—¡Cierto, la chicharra es ruidosa! Creo que la cuestión es ajustar sus timbales y que podamos amplificarlos, y así cortar la comunicación de las abejas. Allí tendremos una posibilidad de éxito.

—Sí, el paso siguiente será tener aparte a la abeja asesina y que nuestra chicharra la domine.

—Me encanta la idea, le pondremos una mini cámara para poder ver todo lo que suceda.

Volvimos enseguida al Galpón de Piedra y escuchamos:

¡Comisario, comisario!, usted junto con el alcalde son la máxima autoridad, deben autorizarnos a ejecutar el plan de exterminio en toda esa zona, en un radio de mil metros a la redonda, así no quedará ni una sola larva.

Eso decía uno de los hombres de negro, mientras preparaban varios drones, con líquidos inflamables. Preveían que la miel y la cera se incendiarían rápidamente y eso haría que hubiera pérdidas en la

naturaleza, pero todo sería salvado. Ellos en las pantallas coloridas, mostraban los efectos colaterales y las pérdidas “aceptables” de la naturaleza de nuestro patrimonio.

¡Era increíble! Pensábamos en la posibilidad de que ese orgullo nuestro del estero pletórico de vida, un tesoro escondido, pueda desaparecer por un error humano, sería un golpe al corazón.

Entonces habló Matías, que tiene la voz más ronca:

—¡Tenemos la solución, alcalde, nuestra Chicharra robot puede enfrentarla!

Los hombres de negro, cerraron filas en torno a sus aparatos. Pero el comisario y el alcalde enseguida nos curiosearon y vieron nuestro proyecto. Hicimos volar con el control manual a la hermosa chicharra, y que zumbara con todo el volumen, lo que hizo que muchos se taparan los oídos.

Sin decir nada, nos pusimos a enchufar en los puertos nuestros artefactos ante la atónita mirada de los hombres de negro. Y así nuestra titubeante chicharra partió al sur rumbo al territorio de la abeja asesina.

Éramos tres en los controles, Marinka, Kiara y yo; y de asesores teníamos a Matías y Marcelo que estudiaban las imágenes.

Pronto divisamos los panales dorados chorreantes de miel y muchos enjambres que cubrían árboles y plantas del humedal. Cuando Matías nos dio el visto bueno comenzamos a transmitir el zumbido de la chicharra y se vio enseguida como los enjambres desaparecían en el cielo azul. Le habíamos dado el mayor volumen a aquel zumbido de alas y me imagino que era terrorífico para las pobres abejas, además de que les quitaba sus posibilidades de comunicación. Uno de los hombres de negro comenzó a guiarnos hacia donde la georeferencia marcaba el lugar de la abeja asesina. Ella no nos vio llegar. Nos pusimos encima y las patas aceradas de nuestro prototipo la tomaron de la cabeza y no pudo resistirse. Por más que intentara inyectar veneno a nuestro insecto, el mismo no le haría nada. Así, volando, la trajimos al Galpón de Piedra y salvamos la vida del humedal; de la misma manera que ese pulmón día a día nos salva a nosotros.

Cuando nuestra chicharra, trayendo a su prisionera, la depositó en la mesa de trabajo sobre las cartillas y mapas, el alcalde nos dijo:

—¡Muchachos, ustedes no solo salvaron al humedal, sino que nos han dado una lección de amor y esperanza!

Marinka comenzó a aplaudir y le siguió Kiara, Matías, Marcelo y yo; en el portalón del Galpón de Piedra, aparecieron las curiosas cabezas de niños, mujeres y hombres, hasta la de algún perro. Era nuestro pueblo contento.

Los hombres de negro tomaron sus cosas, maletas, mapas, dron y abeja asesina; partieron en sus coches y camioneta misteriosa. Y nosotros salimos por la avenida llevando en andas a nuestra chicharra victoriosa.

Johanna Patricia Amarillo

(39 años, Fray Bentos – Río Negro)



El zorro y la vaca de los Esteros de Farrapos

*Un cuento para que los niños uruguayos
se maravillen de su entorno natural.*

*Un puntapié, para conversar
sobre la importancia de la biodiversidad.*

Él se llama *Tito*, es un zorro de monte, super habilidoso y muy conversador, por eso lo eligieron guía turístico del Parque Nacional de los Esteros de Farrapos e Islas del Río Uruguay. Le gusta salir de noche, pero de todas formas cuando alguien lo solicita para realizar un recorrido él está siempre listo. Dicen que habla español y además ruso. Por ahí cerca viven unos teros, muy serios, parecen unos sargentos, y hacen un teru-teru medio raro, será porque hablan ruso. Cuentan que fueron ellos los que le enseñaron al zorro a hablar ese idioma.

En el lugar, donde se ven esos teros, vive una familia, que tiene una vaca llamada *Kopoba*. Ella es bien gordita, blanquita con manchas negras, es muy curiosa y resulta que quiere conocer a los animales nativos de los Esteros de Farrapos.

—¡Hoy es el día! —dice ella, muy decidida.

Entonces, le pide permiso a su granjero y se va a buscar a *Tito* el zorro, para hacer un recorrido por el Parque.

El zorro está confundido, piensa que es muy raro, ¿por qué una vaca querría conocer a los animales nativos?

—Dime *Kopoba*, ¿por qué el interés? ¿Tú tienes todo en tu granjita, acaso buscas algo? —le dijo el zorro.

—Tú lo has dicho, *Tito*, lo tengo todo, el alimento, el refugio, la protección, me lo dan todo, es lo mismo que viva aquí o en China. Pero a ellos, no les dan el alimento ¿y cómo hacen? No tienen refugio, ¿cómo hacen?, no tienen protección, y eso es lo que quiero saber, ¿cómo hacen para conseguirlo y cómo viven?

—Bueno *Kopoba* —le dijo el zorro—, primero te voy a decir que yo soy nativo de este lugar, los abuelos de los abuelos de mis abuelos son de aquí. Y luego te contaré, qué hacen los demás nativos, pero desde ya te digo que todo nos lo da nuestra madre tierra, el alimento nos lo da ella, el refugio también y a protegerte aprendes, porque ella también te lo enseña.

—¡Ven *Kopoba*, salgamos a recorrer! Quiero mostrarte los esteros, son fantásticos, nos vamos a mojar

un poquitín —dijo zorro, con su mejor cara de pícaro.

Es primavera y el sol calienta sus caras suavemente, van caminando sobre una espesa pradera, pueden sentir el amarillo aroma de los espinillos, a lo lejos ven salir del monte un animal de piernas muy largas, un poco tímido, *Tito* lo llama y los presenta.

—*Kopoba*, él es *Lucho*, es un aguará-guazú, un mamífero en peligro de extinción. *Lucho*, ella es *Kopoba*, una vaca de aquí cerca. El aguará-guazú, saluda muy serio con la cabeza y se va.

Están llegando a la zona de agua, el terreno ha cambiado ya no es firme, es muy lodoso, al llegar ven a un simpático carpincho sobre una isla flotante y se saludan de lejos. *Kopoba* no puede creer lo que le está contando *Tito*: la importancia de los humedales y los esteros, como protegen nuestro río, a los peces, a nosotros incluso. *Tito* está muy concentrado en su explicación, cuando ve que *Kopoba* está metiéndose al agua.

—¡Qué estás haciendo! le grita el zorro

—Me quiero subir a esa isla flotante, le contesta ella.

—¡No, es solo para animales pequeños, te hundirás!

Kopoba está con el agua al cuello.

—¡No sé nadar! —grita.

—¡Súbete a ese árbol que está en el agua, es muy resistente, mientras pienso en algo! —le dice el zorro.

Kopoba se queda entre las ramas del ingá, está como adornada con los plumerillos blancos del árbol. Pero está muy asustada, aterrorizada, llora y llora, está dura del susto. *Tito* no sabe qué hacer, suerte que está sobre el árbol, le dará tiempo para idear algo. Pero no se le ocurre nada, no tiene ni siquiera una cuerda y aunque la tuviera no tiene la suficiente fuerza. *Tito* piensa y piensa, tampoco quiere ir a buscar ayuda, no la quiere dejar sola.

Comienzan a ver que se están acercando algunos animales, los que estaban cerquita, como los patos, las elegantes garzas, los carpinchos con su pelo duro, los sapos, los —negritos y brillosos— lobitos de río, tortugas y lagartos.

De repente, todo se nubla, como si se viniera la noche repentinamente, todos miran hacia arriba, era una enorme bandada de bandadas de pájaros, todos juntos volando, tantos eran que taparon la luz del sol. Eran chajás, cuervos, buitres cabeza roja, pavas de monte, urracas, gallaretas, becasinas, jacanas, águilas pescadoras, martín pescador, gavilanes, caranchos, capuchinos, dragones, boyeros, torcazas, gallinetas, cardenales, picaflores, horneros, carpinteros, teros, tamborcitos, pirinchos, espátulas rosadas que no son

nativas pero que se quedaron aquí. Era un colorido despliegue de plumas y cantos.

Por último, aparecen las mulitas con su dura caparazón, ciervos de finas astas, el –aparentemente tierno– gato montés, y se escucha un fuerte rugido, era el misterioso puma.

Resulta, que el llanto de *Kopoba*, ha sido escuchado por los pájaros, que luego le fueron contando a los demás animales, por lo que todos acudieron a socorrerla.

Entre todos arman una gran red, con ramas de sauce blanco, *Kopoba* se coloca arriba y los animales cinchan la red, hasta sacarla del agua.

—¡Esto es genial! —dice *Kopoba*, disfrutando de su paseo por el agua, rodeada de tantos animales.

Como *Kopoba* está muy mojada y ha quedado un poco dura, no puede caminar bien, así que los animales usan la misma red, para llevarla cinchando hasta su casa.

—¿Lo ves? —le dice el zorro—, al final has conocido a todos y tienes transporte gratis. Todos ellos cumplen una función en este lugar, hoy te están llevando a tu casa, pero cada uno de ellos tiene su importancia de ser y de estar.

En el viaje, *Kopoba* puede conversar con todos y sacarse sus dudas. Qué feliz va, tan relajada sobre la

red de sauce blanco, de mucha charla y mucha risa,
pero de a ratos solo se queda en silencio, para escu-
char el canto de los pájaros.

María Elizabeth Charlone Ortiz
(39 años, Fray Bentos – Río Negro)



Epílogo

Al fin de cuentas –o de cuentos, mejor dicho–, el concurso nos dejó unos cuantos aprendizajes:

El primero: que la naturaleza no está escondida. La naturaleza está ahí, allá y acá, disponible para nuestros sentidos, para nuestros sentires y para nuestros pensamientos. Quienes no estamos siempre disponibles somos, en todo caso, las personas que, por cierto, insistimos en colocarnos por fuera de ella y a cada paso volvemos a referir con ajenidad a la naturaleza “que nos rodea”. La escondemos y nos escondemos.

El segundo: que hay muchas personas que logran conjugar aquello que saben –por haber estudiado química en la Facultad o por haber andado una vida en islas del Río Uruguay– con el arte de escribir, y consiguen conmovernos con historias que muestran rostros, paisajes, aromas, texturas, sonidos y sabores.

El tercero: que la democratización de la cultura tiene dos caras. De un lado, garantizar que todas las personas, de todos los territorios y de todas las

edades, disfrutemos de la posibilidad de acceder al arte y la cultura en sus diversas manifestaciones. Del otro lado, asegurar que todas las personas, de todos los territorios y de todas las edades, contemos con la oportunidad de participar activamente en la creación de bienes artísticos y culturales de todo tipo. La Universidad de la República tiene una enorme responsabilidad en esta tarea, y esa responsabilidad también tiene dos caras. Por un lado, profundizar la descentralización para llegar con las tres funciones sustantivas (enseñanza, investigación y extensión) a todos los rincones del país. Por el otro, apostar a la integralidad, para que el diálogo con la comunidad sea permanente y favorezca la comprensión pública de los asuntos de interés general, tales como la importancia primordial de la preservación de la biodiversidad nativa.

El cuarto: que en la Universidad de la República —muy felizmente— es imposible hacer algo en soledad y todo debe ser hecho en colectivo. Desde la elaboración de las propuestas hasta la ejecución de los detalles, las acciones necesarias para alcanzar cualquier objetivo implican a muchas personas que desde diferentes lugares hacen a la vida universitaria.

El quinto: que el concurso se terminó y el libro también, pero los cuentos van a seguir resonando, ojalá por mucho tiempo y en distintas geografías, llevando el mensaje del valor de nuestra biodiversidad nativa, del valor de la gente que se arriesga a escribir, y del valor de la gente que se dispone a leer.

En suma: si ponemos fin a la escondida, lo que no termina nunca son los aprendizajes.

María Ingold Leguísamo

Directora de la Sede Río Negro del Cenur
Litoral Norte de la Udelar

Índice

Presentación	7
Agradecimientos	9
Prólogo	11
Anita, el Príncipe Guazú y Gran Tata	13
La aventura del añil	23
El juego de la escondida	27
El monstruo	29
El trinar de las aves	37
Mi florcita viajera	43
El duende del humedal	49
La búsqueda	53
La abejita biónica y la chicharra robot	62
El zorro y la vaca de los Esteros de Farrapos	72
Epílogo	79

ISBN: 978-9915-40-233-8



CENUR
Litoral Norte
Río Negro



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY